

Bogotá, 8 de junio de 2026

Hola:

Hoy quiero compartir contigo esta carta con la esperanza de que la leas hasta el final.

Un lunes como hoy, pero hace nueve meses, mi hermanito amado murió a manos de alguien que llevaba un arma.

Mi hermano tenía 31 años. Era un hombre guapo, divertido, amoroso y profundamente generoso. Quien, como muchos y muchas jóvenes en Colombia, también fue víctima de una violencia estructural que nos ha acompañado desde que nacimos y que estuvo presente hasta su último día.

Con toda la incertidumbre y el miedo que se sienten en el ambiente por estos días, quiero decirte que lo que sucedió con mi hermano fue una injusticia. Alguien que portaba un arma de manera ilegal decidió arrebatarse la vida. Y aunque durante muchos días solo pude ver el dolor de esa pérdida, hoy también pienso que quien lo mató era una persona. Tal vez un muchacho como mi hermano. Alguien atravesado por las mismas carencias, por la misma desigualdad, por la misma violencia que marca tantos destinos en nuestro país. Alguien que tomó una decisión terrible y continuó alimentando un ciclo que parece no terminar nunca.

Nueve meses después, mi duelo ha sido generoso conmigo. He podido recorrerlo desde el amor que mi hermano y yo nos teníamos, desde el amor que todavía le tengo y que me acompañará el resto de mi vida.

Por eso he decidido no guardar rencor, odio ni amargura. No porque lo ocurrido tenga justificación, sino porque esos caminos no me acercan a la vida. He elegido el amor, el perdón y la esperanza. He elegido creer que la violencia no es inevitable.

Sé que, como yo, miles de personas han perdido a alguien que aman. Por ellas, por quienes ya no están y por quienes todavía estamos aquí, quiero luchar para que esa violencia que se nos pega a la piel como una bruma espesa y tenebrosa empiece a disiparse. Quiero un país donde nuestros muertos no sean la consecuencia de la desigualdad. Un país donde todas las personas tengan la oportunidad de crecer, de vivir y de regresar a casa sanas y salvas. Un país donde nadie sienta que la violencia o la muerte son la única forma de sobrevivir.

Por eso estoy convencida de que no podemos responder a la violencia con más violencia. No podemos legalizar y normalizar las armas en un país que ha llorado demasiados muertos. En un lugar donde una discusión por una fila, una silla en un bus o una diferencia ideológica puede terminar en agresión, más armas no significan más libertad o seguridad: significan más riesgo, más miedo y más dolor.

Yo me la juego por la vida.

Me la juego por el día en que salir de casa no sea un acto de valentía. Por el día en que quienes esperamos en casa podamos volver a ver llegar a nuestros seres queridos. Por el día en que ninguna hermana tenga que escribir una carta como esta.

Por mi hermano. Por los tuyos. Por todos.